



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,  
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,  
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 6.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	4 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.	48 pesetas.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 28 de Febrero de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

UNA BUENA COBRA.

(Véase la lámina de la pág. 41.)

Lo más notable que hay en el hombre es el perro, ha dicho Toussenel, si mal no recordamos, y en verdad que no le falta la razon.

Lo esbelto de la estatura y de la forma, la fuerza del cuerpo, la gallardía de los movimientos, las cualidades exteriores, en una palabra, no son las que más ennoblecen á un sér animado, sino las chispas de esa luz sublime que irradia en el pensamiento y que se llama la inteligencia.

El perro, cuya sensacion es exquisita, y más aún si está perfeccionada con la educacion que recibe en la sociedad del hombre, reúne ambas condiciones, así las físicas como las intelectuales, y sabe coadyuvar á los desig-nios de aquél, ser guardian de sus intereses, y ayudarle y defenderle, consiguiendo en fuerza de abnegacion y de



UNA BUENA COBRA.



caricias cautivar la voluntad de su dueño, trocando al tirano en un protector y un amigo.

No tenemos camarada más fiel, un esclavo más sumiso. Su instinto poderoso completa con armónico conjunto las facultades del hombre, y si el perro no hubiese existido en el orden de la naturaleza, se notaría en ésta un vacío inmenso, sobre todo en los ejercicios de la guerra y de la caza.

¿Cómo hubiéramos podido, en efecto, sin el auxilio del perro, apoderarnos y reducir á la servidumbre á los demás animales? ¿Cómo sería posible, aún actualmente y hasta después de inventadas las armas de precisión, descubrir, cazar y destruir á las bestias feroces y dañinas?

Y es que, como dice un pensador insigne, para vivir con seguridad y para dominar al universo, comprendieron los primeros pobladores de él que era preciso comenzar por captarse un partidario entre los animales, atrayendo con blandura y con cariño al que se hallase más capaz de amor y de obediencia, y entónces eligieron al perro. El primer arte conocido consistió en educarle, y el galardón de este arte ha sido después el dominio y la posesión pacífica de la tierra.

El perro de caza, único de que vamos á ocuparnos, y aún no con la extensión que su indisputable mérito exige, además de una índole ardiente y de un valor sanguinario y terrible, porque no le arredra nunca la desigualdad de ningún combate que se le presente, tiene un sentido como el del olfato, en tal grado de perfeccionamiento y desarrollo, que sin su precioso concurso serían estériles casi siempre las pesquisas del cazador.

En los números 6 y 22 de LA ILUSTRACION VENATORIA, correspondientes relativamente á los días 28 de Febrero y 10 de Agosto del año pasado, hemos hablado de los *perros de muestra*, presentándolos á nuestros lectores en la interesante actitud que es donde más se revela la posesión de ese sentido, en una medida que puede calificarse de maravillosa.

Un perro que *pára* es un tesoro, pero no lo es ménos el que *busca, cobra y trae*, á veces sin que lo espere ni el mismo cazador, á quien sorprende la vista de una pieza que creía no haber tocado siquiera, juzgándola libre y errante por las intrincadas espesuras del monte.

Apénas la voz del hombre hace la señal de dar empuje á la partida, ó resuena en los aires el eco sonoro de la trompa, el noble animal manifiesta su alegría con el más vivo enajenamiento, demostrando su impaciencia por combatir y su deseo de vencer, no para aprovecharse con egoísmo de la victoria, sino para ser agradable á los ojos del que le da el pan y lo acaricia con sus manos.

Al júbilo de los primeros momentos sucede casi siempre el silencio. Sólo se ocupa de reconocer el terreno y de seguir las huellas que olfatea del enemigo natural á quien persigue. Acobardado éste, y cuando desespera de salvarse con la fuga, se vale también de todas sus facultades y opone la astucia y la sagacidad. Va, viene y cruza por el mismo camino; da brincos como si tratase de desprenderse materialmente de la tierra; salva sotos y vallados, atraviesa á nado las aguas, é inventa, por último, todo lo que inspira, que es mucho, el instinto de la conservación propia; pero todos sus ardises y recursos son estériles ante la superioridad del perro, que con la sensación que le es peculiar, no pierde el objeto que busca ni se distrae por ningún incidente. Desata los nudos del hilo tortuoso que le conduce, se vale del olfato para ir por las vueltas y revueltas del laberinto, y lejos de llenarse de desaliento, triunfa de la astucia, se enardece, aumenta su coraje, y alcanza por fin á la víctima, vengándose con la muerte de los afanes que le ha costado su trabajosa hazaña.

El león, el tigre ó la pantera cazan solos, sin arte, sin conciencia, y únicamente por satisfacer el hambre que los devora ó la sed de sangre que los ahoga; pero el perro caza con orden, con habilidad y con inteligencia, y no aspira á otra recompensa que á la seguridad de haber cumplido con su deber y á las caricias de su amo.

No cabe demostración más elocuente de nuestras palabras que la interesantísima escena representada por la lámina que ocupa la página 41.

El cazador que ha tirado y herido una liebre, no tenía sin duda conciencia exacta de su puntería, y abrumado

por el calor y el cansancio, se ha dormido como un bendito, sirviéndole de lecho el blando césped, y de punto de apoyo el tronco de una encina, mientras su perro, que no perdió la esperanza, ha ido á poner el sello á su reputación haciendo una buena *cobra*.

En efecto, vuelve el animal con la liebre en la boca, dispuesto á repetir en su lenguaje especial la célebre frase del vencedor de Farsalia: *veni vidi vici*, cuando encuentra al amo dormido, y vela respetuoso su sueño sin atreverse á producir el menor ruido que pudiera interrumpirle.

Aparte de ese poema de abnegación y de afecto, donde se sacrifica hasta el bullicioso deseo de obtener inmediatamente una mirada de recompensa, es notable en primer término el arte de *cobrar y traer*, que constituye al animal en el auxiliar más poderoso del cazador. Después que le *muestra* la pieza, se la *cobra*. Después de cobrarla se la *trae*, con una inteligencia superior á la de muchos hombres; y si aún luego de traerla le sorprende dormido, como en el caso presente, espera inmóvil á que abra los ojos, se coloca frente por frente, y no suelta la presa que tiene delicadamente en la boca, gozando quizás de antemano con la inmensa alegría que va á proporcionar al cazador apénas abra éste los párpados.

El lector sentirá, como nosotros sentimos, que ese perro no respire para tener la satisfacción de pasar la mano por su sedosa piel, y también experimentará como nosotros un vivo deseo de despertar á ese buen señor, para que goce cuanto ántes de la agradable perspectiva que le prepara su fiel compañero. Parece increíble que haya criaturas que tengan el sueño tan pesado y que se duerman en ciertas circunstancias.

T. C.

## PUBLICACION DE LA VEDA.

(Véase la lámina de la página 45.)

Estamos á 28 de Febrero, y faltan ya muy pocas horas para que suene la que nos impone el silencio, la calma y el respeto á la ley.

No faltarémos en lo más mínimo á las prescripciones de ésta, ni se cansará nuestra pluma de recomendar la misma conducta á los cazadores de todo género, porque observando la veda servimos á nuestros propios intereses, y aglomeramos éstos á un capital que nos producirá no escaso rendimiento en lo porvenir; pero séanos permitido al ménos dar un triste adiós á montes y cañadas, á chaparros y lentiscos, á tomillares y romerales, que ya no volverémos á ver en su verde lozanía, sino resecos, amarillentos y abrasados por el fuego del sol canicular.

Hoy es el último día que puede resonar legalmente en los campos el estampido de la pólvora, el último en que, tras de fructuosa mañana de correr por bosques y jarales seguidos de nuestros perros, podrémos almorzar tendidos en blanda alfombra de musgo ó á la orilla de un manantial, que nos convida con el murmullo que produce la caída de sus clarísimas aguas.

Mañana estarémos todos como ese buen hombre que aparece en la parte superior del picaresco y alegórico grabado que acompaña á este artículo, es decir, con un palmo de narices.

Mañana, en vez de hacer tronar á los cartuchos, y de prestar oído atento á las alegres voces de la batida, devorando con ansiedad el terreno y sintiendo latir el corazón con inusitada fuerza al menor movimiento del ramaje, imitarémos la filosófica resolución de ese otro camarada que pone á su escopeta un tremendo gorro de dormir, preparándola así para la siesta que va á echar de veinte y cinco semanas, que es una siesta de padre y muy señor mío.

—¿Descansa por ahora en paz, parece que le dice, inseparable compañera de mis deleites venatorios y de mis pasadas horas de delicia! Tú no has faltado nunca á los deberes del servidor fiel, no has marrado siquiera un tiro en la última campaña, ni perdonado la vida á liebre, corzo, ánade ni perdiz que se haya puesto al alcance de tu mortífera boca. Dígalo si no ese moral que tantas veces has llenado y que ahora te contempla tristemente desde una silla, pensando en la dieta de seis meses á que acabamos de condenarle. Él, que, como tú de matar, se

enorgullece de aprisionar en sus redes las exquisitas chochas y los campesinos conejos, no tendrá para alimentarse más que los recuerdos, que se digieren muy pronto, y el polvo que le caiga en la panoplia donde voy á colgarle. Tu sitio de reposo será, hermosa escopeta mía! un estuche de terciopelo donde nadie interrumpirá tu sueño hasta que yo vaya á despertarte la víspera del gran día y á untar aceite en tus articulaciones, si la ociosidad y la quietud las hubiesen entorpecido. Descansa en paz mientras yo rezo á San Eustaquio á fin de que te libre de picaduras y otros desperfectos, dándome á mí paciencia para no desesperarme ni quebrantar los santos mandamientos de la veda.

*Amén*, y permita Cristo que á tí y á otros como tú les dé un tabardillo solanero el mismo día que volváis á sacar las malditas escopetas.

Esto, de haber escuchado, hubiera respondido la interesante pareja que en toda la plenitud del 1.º de Marzo, es decir, con la vida asegurada de cazadores, se dedica eróticamente á hacerse el amor por todo lo alto.

Es ella una donosísima perdiz roja, de esas que están pidiendo á gritos una salsa de escabeche, y él un macho de la misma especie, que hace tiempo le andaba á las vueltas sin poder pescarla en un rato de tranquilidad para declararle su atrevido pensamiento.

—Te felicito, le dijo el galán arrodillándose y cogiéndole una mano, por haber llegado con el pellejo sano hasta este venturoso día. Á mí me parece mentira que existo, añadió, según el número de tiros que he oído en esos campos, sobre todo en el mes que acaba de pasar. Así es que estaba inquieto por tu suerte.

—Te doy gracias por tu cuidado, murmuró la perdiz; pero no me falta ni una pluma siquiera, porque he tenido la gran fortuna de tropezar con unos cazadores tan torpes ó tan cortos de vista, que ninguno de ellos me ha tocado, á pesar de que cierta mañana creí que había llegado mi último momento; pero no sufrí más que una ligera chamusquina.

—¿Y qué llevas en esa cesta, vida mía? preguntó el macho con acaramelado acento.

—Los huevos de una desgraciada vecina que pereció ayer á consecuencia de una perdigonada horrenda. Voy á llevármelos para empollarlos en mi nido.

El enamorado doncel se opuso á ello, ofreciéndose en términos bastantes velados y decorosos á ser autor de la próxima postura.

No le pareció mal á la perdiz el proyecto de su adorador, y ya se disponían á poner el sello á sus juramentos, cuando tuvieron que remontar el vuelo á otro sitio porque á pocos pasos de ellos oyeron cierto rumor importuno.

Era producido por un conejo medio cojo que estrechaba en sus brazos á una coneja que, á juzgar por las apariencias, estaba en excelentes condiciones para contraer matrimonio, mientras que una parejita de la misma especie retozaba á corta distancia por el suelo con esa dicha y ese desenfado que da la seguridad de no ser interrumpidos en sus trasportes amorosos.

Y es que la noche anterior, noche bien triste por cierto, é iluminada apénas por los resplandores interrumpidos de la luna, nos vieron perfectamente volver en caravana con las escopetas á la espalda, y hasta tuvieron la insolencia inaudita de salir á la orilla del camino para llenarnos de improperios y burlarse de nuestra impotencia. Vedlos ahí con las orejas levantadas en ademán de desafío, y sonriéndose de una manera extraña y cruel.

Si pudiéramos marcaros siquiera con alguna señal, ya tomaríamos la revancha en el verano; pero no hay medio de hacerlo, ni otro arbitrio que soportar con paciencia la rechifla de esos señores.

Á cada uno le llega su San Martín, y á nosotros nos llegará otra vez nuestro San Eustaquio.

Los cazadores son hoy los vencidos por la ley, y vosotros, víctimas nuestras ayer, los vencedores por los designios de la naturaleza.

¡Si siquiera el año fuera bisiesto!

Pero nada, ni eso tampoco. Demos tregua á la impaciencia y volvamos á la quietud del hogar, mientras vosotros, hermosos animales de pelo y de pluma, podéis respirar sin zozobra las brisas primaverales que hacen correr



la savia de las plantas y desarrollar en vosotros el germen de las generaciones futuras.

Amaos, pues, los unos á los otros; fabricad libremente los nidos y las madrigueras, sin temor de que vayamos con mano impía á cortar el hilo de vuestras sencillas existencias, y protegidos por la ley humanitaria de la veda, creed y multiplicaos, como dijo el Hacedor supremo, mientras que con la ociosidad crecen á su vez y se multiplican nuestros deseos de volver al monte á recuperar el tiempo perdido.

T.

## ¡YA PICA EL PEZ!

(Véase la lámina de la pág. 48.)

En un pueblo de Andalucía, cuyo nombre no hace al caso, situado junto á las márgenes risueñas del río Guadalquivir, se formó *in illo tempore* una especie de tribunal ó Jurado para premiar al hombre que en concepto de aquél hubiese dado mayores pruebas de paciencia.

—Yo, dijo el primero de los aspirantes, me he leído la Biblia en inglés, palabra por palabra, sin entender ni una jota de este idioma.

—Yo, dijo otro, me he contado tres veces los pelos de la cabeza.

—Pues yo, añadió un tercero, no teniendo recursos para comprar el Diccionario de la Academia, me lo he copiado desde la A hasta la Z.

—Yo, dijo el último, hace veintidos meses que voy diariamente á pescar al río sin haber cogido más que un barbillo cuando eché la caña por primera vez.

—¿Y piensa V. continuar mañana pescando? le preguntó un individuo del tribunal.

—Sí, señor, respondió sencillamente el buen hombre.

—¿De V. es el premio! exclamó á una voz el Jurado. Y bien lo merecía, porque ya se sabe que el pescador de este género es la encarnación, el prototipo, el ejemplo más elocuente de la paciencia humana.

Para él no hay climas, ni enfermedades, ni estaciones: todo lo arrostra y desafia.

Ha suprimido el reloj porque las horas le importan un ardite, y el tiempo con sus alas voladoras no influye para nada en la existencia de nuestro héroe.

De astronomía sólo sabe, al menos en la apariencia, que hay noche y día. El día para pescar y la noche para dormir.

Reduce el mundo á los árboles que le dan sombra, á las húmedas hierbas donde se sienta y á la porción de agua que tiene delante de sí.

El movimiento universal, los accidentes de la naturaleza se resumen para él en las oscilaciones del corcho que sobrenada en la corriente cristalina, ó turbia ó cenagosa, que puede ser de todos modos.

Si el corcho vacila, las arterias le dan doscientas pulsaciones por minuto: si se hunde, siente un martillazo en el corazón y tira con más entusiasmo que si fuese á sacar el tesoro de los *Nibelungen*.

En el caso, harto frecuente, de que salga el anzuelo vacío, no grita ni se desespera. Vuelve á cebar con más calma que los filósofos de Grecia, y al agua otra vez.

Así como los estoicos negaban la existencia del dolor, él niega la posibilidad de la vida mientras no tenga la caña en la mano.

Es además huraño y adora el aislamiento como los religiosos de la Tebaida, porque estando solo nadie le interrumpe y nadie turba su éxtasis contemplativo.

No habla, ni tose, ni fuma, ni come, ni se mueve, ni apenas respira, para que no se asusten los peces y vengan á morder la carnada.

El rumor más insignificante le irrita, el vuelo de un pájaro le ataca los nervios, las esquirlas del ganado le vuelven loco de rabia, y los gritos de los chicuelos que retozan en el campo le hacen prorumpir en palabras que no son para contadas, y mucho menos para escritas.

La vida del pescador de caña es una esclavitud continua, que una vez contrada no puede ya manumitirse, y si piensa en algo serio es en resolver el problema de respirar debajo del agua, y abrir los ojos para poder echarse á un río y allí debajo despacharse á su gusto.

Sentados estos precedentes, cuya exactitud no se atreverá nadie á poner en duda, juzgue el lector de la contrariedad y la ira de ese pobre pescador que se ve en el último término de nuestro grabado.

Un poco más abajo del sitio que él ocupaba se instaló la gentil pareja que aparece como dos tortolillos en amoroso nido. No hay duda que fueron á pescar, porque el jóven tiene su caña en la mano, caña que parece un pretexto, como el libro próximo á escaparse de las manos de la niña. Esta debe haber hecho cosquillas á su acompañante con el extremo de la trenza, sin duda para amenizar algo la monotonía del tiempo, y algo también debe de haber oído el pescador, porque lia sus bártulos y se retira bastante cargado echando á sus vecinos una mirada de agua tofana.

—¡Ya pica! oyó el hombre que exclamó la jóven, para simular que estaban ocupados en la tarea de privar de seres al mundo ictiológico.

—¡Sí, ya pica!... en historia, murmuró refunfuñando y lleno de cólera el contrariado pescador, yéndose con la música á otra parte, como si él no hubiese sido jóven en su vida.

La verdad es que no sabemos si los pescadores de caña son jóvenes alguna vez para los efectos consiguientes.

El mozalbete, que observa con alegría el alejamiento de su intolerante vecino, no hay duda que pescará algo, si continúa en las circunstancias que le rodean; pero no podemos observar nada ni saberlo en definitiva, porque las tintas dudosas del crepúsculo de la tarde envuelven en sus sombras la escena piscatorio-amorosa que reproducen voluptuosamente las ondas del riachuelo.

C. T.

## CAZA DEL PUMA.

En el penúltimo número de LA ILUSTRACION VENATORIA nos ocupamos de la caza de flamencos rojos en la Araucanía, y hoy vamos á describir otra no menos curiosa que con nuestro compañero Castro hicimos á los pocos días costearo la inmensa cadena de las Cordilleras hacia el Sur.

Todo este país está cortado por colinas bajas y corrientes de aguas, en las que pacen grandes rebaños de bueyes, caballos y vicuñas. En ellas se cultiva con éxito cebada, trigo y maíz, pero la principal riqueza del país consiste en la cría de ganados.

Con respecto á los araucanos, una mitad es nómada; la otra habita los pueblecitos situados en general junto á las corrientes de agua.

El tiempo estaba magnífico. El sol acababa de disipar la niebla de la mañana y nos prometía un día espléndido. Los pájaros cantaban en los zarzales, y en los prados esmaltados de flores los insectos saludaban también con sus cantos los dorados rayos del sol.

Á medida que avanzábamos, las colinas se presentaban más y más numerosas, cubiertas de grandes árboles, entre los cuales descollaba la araucaria, cuyas ramas, dispuestas como las del pino y guarnecidas de fuertes hojas terminadas en punta, se inclinaban hacia el centro y daban al árbol un aspecto singular, que podría hacerle llamar el pino lloron.

El país era muy escabroso. Á cada instante los tordos y otras muchas aves se levantaban ante nosotros, y ya nos cansábamos de tirar sobre esta caza menuda, cuando se presentó una bandada de gallinas salvajes que dormían la siesta á la sombra de un bosquecillo.

Las gallinas salvajes de América son más pequeñas que las de Europa; pero su pluma es más fina y su carne más delicada.

Era una buena fortuna que nos apresuramos á aprovechar, y al cabo de dos horas de una persecución encarnizada, habíamos matado veinte. El resto se perdió en las montañas, que principiaban á tomar dimensiones poco favorables á este género de caza.

Serían como las diez de la mañana; el calor era sofocante en el valle y pensamos en preparar nuestro almuerzo. Algunas de las piezas que habíamos cazado se desplumaron y pusieron en el asador sobre un buen fuego, y nos sentamos en un sitio fresco para descansar cómoda-

mente. Entonces vimos á doscientos metros hacia el Oeste un europeo vestido de blanco, á caballo en una mula, seguido de un indio. Cuando estuvo más cerca reconocimos que era un fraile.

Curiosos por saber lo que un padre podía tener que hacer en aquellos parajes, descendimos hasta el sendero por donde tenía que pasar, y principiábamos á distinguir perfectamente las diversas partes de su traje, que, además de la gran capa blanca de franela, se componía de un sombrero finísimo de Panamá, de un pantalon de namkin, y de botas de charol, cuando Castro lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede? le dije.

—¡Dios me perdone! es fray José, mi compadre fray José. Ahora si que nos vamos á divertir.

—¿Quién es este fray José?

—Un padre de la Concepción, muy original, como vais á ver al momento, que tiene tantas buenas cualidades como defectos, lo que no es poco decir. Bebe y come por cuatro, y además canta, á fe mía, unas canciones muy lindas. Por otra parte es generoso y buen compañero, sin tener la mala cualidad de ser reservado, llevando la franqueza hasta el exceso.

Al llegar á cuarenta pasos de nosotros, el fraile dejó caer la brida sobre el cuello de su cabalgadura, y levantando los brazos, se puso á moverlos como las aspas de un molino de viento.

—¡Vaya un encuentro! exclamó con una voz estentorea; es á Castro, al mala cabeza de Castro á quien veo?

—Ya principia, me dijo Castro; siempre es el mismo. Despues alzando la voz:

—¿Para qué santa obra se encuentra mi buen compadre en este sitio?

—¿Para qué santa obra, hijo del mismo diablo? ¿qué te importa?

—Nada. Compañero, le presento á usted á mi compadre fray José, el hombre más razonable que conozco.

—Por lo ménos, tan razonable como tú. Caballero, tengo el honor de saludar á usted, aunque sienta un poco encontrarle en tan mala compañía. ¿Han almorzado ustedes?

—Aun no, pero estábamos á punto de devorar esas gallinas en el momento en que le hemos visto á usted.

El fraile se frotó alegremente las manos, descubrió uno de los cestos que colgaban de su silla á guisa de arzones, y nos enseñó triunfalmente cuatro botellas de vino.

—Vamos pronto, nos dijo, porque tengo un hambre canina.

Un cuarto de hora despues celebrábamos uno de los más alegres almuerzos del mundo. Fray José nos explicó que estaba encargado de inspeccionar el convento de Llayma, situado á una media jornada de marcha al Sur del sitio en que nos encontrábamos.

—¡Diablo! dijo Castro, no tiene usted pocos malos pasos que atravesar antes de llegar al convento.

—Demasiado que lo sé, dijo fray José lanzando un suspiro; pero ya que se dirigen ustedes hacia este lado, espero me acompañen y no lo pasarán mal.

Despues de almorzar, nos pusimos en marcha. El calor era sofocante; pero como debíamos franquear una montaña enorme que nos impedía el paso, podíamos contar con una temperatura más fresca en las altas regiones.

La ascension fué un poco difícil en un principio. El terreno era tan escarpado, que la mula de fray José apenas avanzaba, y su amo hacía una triste figura. Advertido Castro, no dejó escapar esta ocasión de burlarse de su compadre.

—¿Ha viajado usted alguna vez por montañas? me preguntó.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque va usted á atravesar una que no es muy cómoda. Hay en ella algunos sitios que basta dar un paso en falso para que sea el último. Pero, como cazador, no debe usted padecer vahidos, y no corre usted ningún peligro.

—Y á los que no son cazadores y que padecen vértigos, ¿qué les sucede? preguntó fray José.

—Sencillamente, rodar al fondo de un precipicio y romperse los huesos.

—Pero ¿cree usted verdaderamente que sólo los cazadores pueden pasar las Cordilleras?



—Dentro de un momento enseñaré á usted un sitio en que hace dos años un desgraciado viajero dió una terrible caída. Era un hombrecillo pequeño, casi de la estatura de usted, compadre. En un sendero estrecho perdió la cabeza, tiró bruscamente de las riendas de su cabalgadura, y hombre y mula desaparecieron con un ruido espantoso en el fondo de un precipicio, arrancando en su caída mil pedazos de roca que cayeron encima de él.

—¡Anda á contar historias al infierno! interrumpió fray José; si no tienes otra cosa que decirnos, puedes callarte. Si has creído asustarme, tengo mis nervios á prueba.

—Ya lo veremos. Sosténgase usted bien en la silla, porque su centro de gravedad está muy alto y debe impedir los movimientos de la mula.

—Mi centro está perfectamente situado en su verdadero sitio de gravedad.

Á poco el sendero que llevábamos se estrechó de tal manera por intervalos, que nos vimos obligados á caminar unos en pos de otros. Ya estábamos para tocar la cumbre del monte; pero en los sitios expuestos al viento del Sur la tierra aún estaba cubierta de una ligera capa de nieve, que crujía bajo los pies de nuestros caballos, lo que aumentaba las dificultades de nuestra marcha. Sin embargo, continuamos valerosamente nuestra subida, mientras Castro, colocado á retaguardia, cumplimentaba á su compadre por su buen garbo á caballo, anunciándole que su suplicio iba á terminar pronto, cuando la mula de fray José se paró de repente rehusando adelantar un paso.

Nos encontrábamos en un paso estrecho, encajonado por la derecha por una roca cortada á pico, y por la izquierda por un precipicio sin fondo. A unos veinte pasos ante nosotros, el sendero, que apenas tenía un metro de anchura en aquel sitio, volvía bruscamente á la derecha y desaparecía tras de la montaña.

Castro me gritó para que me adelantaré á fin de verlo que era; pero apenas había dado diez pasos, apareció á la vuelta de la senda la cabeza de un toro monstruoso.

Á mi vista el animal trató de volverse; pero reconociendo que le faltaba terreno para hacerlo, se detuvo, dió un espantoso bufido y se puso á arañar el suelo con sus patas delanteras. Su cola azotaba sus costados, y sus ojos lanzaban llamas: no había tiempo que perder. Apunté en medio de la frente y disparé.

El toro cayó sobre sus rodillas, y en esta posición me presentó toda la cabeza. Me adelanté de pronto y le envié una segunda bala casi á boca de jarro.

El monstruo vaciló durante algunos segundos, perdió el equilibrio y rodó por último al precipicio, en el que el ruido formidable de su caída, repetida por mil ecos, estuvo sin extinguirse por tanto rato, que se podía haber creído que el trueno estallaba en las bajas regiones de la montaña.

Las últimas repercusiones de este espantoso estrago acababan de extinguirse al traves de las innumerables asperezas de la Cordillera, cuando los espectadores de esta escena, más asombrados del ruido que acababan de oír que del peligro que habían corrido, guardaban aún silencio y permanecían inmóviles en su sitio.

Castro fué el primero que recuperó el uso de la palabra.

—Vamos, no se quejará la bestia de que no ha sido despedida galantemente; pero ésta no es una razón para que nos acostemos á dormir aquí: ¿qué dice usted, compadre?

—No digo nada, ¡caramba! me parece que no es el sitio más á propósito.

Una hora después nos encontrábamos en la pendiente Sur del monte, desde el que no tardamos de ver á lo lejos las paredes del convento de Llayma.

Como nuestra intención era penetrar más adentro de las Cordilleras, quisimos separarnos de fray José; pero el fraile no fué del mismo parecer, y defendió tan bien su causa, que consentimos en acompañarle hasta el término de su viaje.

Este acto de complacencia debía decidir del éxito de nuestra expedición. Al pasar delante de una hacienda, que depende del convento de Llayma, nos dijeron que un puma se había llevado á un carnero durante la noche á la Cordillera. Un peon, que había seguido sus huellas muy adentro de la montaña, nos ofreció acompañarnos hasta el sitio en que las había perdido.

Por lo pronto fray José debió renunciar á llevarnos al convento, y dejamos que prosiguiera su camino, prometiendo ir á verle después.

Castro no cabía en sí de alegría; por mi parte, sabía que el puma se llama también león de América, y me parecía intempestivo el contento de mi compañero de ir á buscar á semejante animal sin otros preparativos. No pude menos de decírselo.

—¡Bah! me contestó, el puma no es muy peligroso. Ataca á los rebaños, pero tiene miedo al hombre, y basta con frecuencia el ladrido de un perro para hacerle emprender la fuga. Yo he muerto ya dos con esta vieja escopeta, que no mira usted sin lanzar una carcajada, y si no sucede nada extraordinario, lo matamos esta noche, ó soy un tonto de remate.

Habíamos llegado al sitio en que el peon conservaba la pista. El terreno era más áspero, y las señales de las gotas de sangre se perdían bajo las zarzas que lo cubrían. Esto fué para Castro motivo para que nos revelara su talento de buscador de pistas. Vellones de lana enganchados en los chaparros, ramas tronchadas, hierbas pisoteadas, todo servía para ponerle en el verdadero camino. Pasamos el resto del mediodía en este trabajo penoso y cansado. Algunas veces gastamos media hora en adelantar cuarenta pasos; otras las señales eran más evidentes y nos permitían recobrar el tiempo perdido. Por último, á las siete de la tarde, después de una larga alternativa de alegría y temores, el éxito recompensó nuestra perseverancia.

En el fondo de un barranco, al que nos condujo la pista, yacían muchos huesos de animales de tamaño regular, los unos blanqueados por el tiempo, los otros más recientes. Entre estos últimos los había aún frescos, que conservaban todavía lana y carne ennegrecida por el sol. Era la armazón del carnero arrebatado la noche anterior; la guarida del león no debía estar lejos.

Las señales nos llevaron hasta una inmensa roca que cerraba el barranco por el Sur. Una cuesta corta y rápida nos condujo á una plataforma, en cuyo fondo descubrimos la caverna. Encima de esta entrada la roca se alzaba á pico á una altura de unos veinte metros.

—Allí está, me dijo Castro en voz baja. Veamos primero si tiene otra entrada.

Hecha la investigación, encontramos que la caverna tenía dos entradas, la de la plataforma, que daba al Norte, y otra al Este.

—Bien, somos dos y pronto está hecha la cuenta.

—Pero ¿quién nos dice que no esté vacía?

—Puede usted estar tranquilo. Cuando un puma tiene sobre su conciencia un carnero, no hay cuidado que salga á tomar el sol. Dormirá todo el día dentro y no saldrá sino de noche para beber y cazar.

La noche principiaba á caer, y la luna empezó á alumbrar el horizonte; de modo que nos encontrábamos en buenas condiciones para el acecho. Comimos un bocado de prisa, y cada uno tomó sus disposiciones: Castro se situó en la plataforma, yo junto á la segunda entrada, en una roca, desde la que veía á mi compañero.

La noche estaba fría, y la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor.

Durante la primera media hora reinó un gran silencio en nuestro rededor; después vino el concierto de las fieras nocturnas, entre las que se distinguían claramente los maullidos del gato salvaje y los gritos de las zorras. Á pesar de este extraño conjunto de chillidos discordantes y lúgubres en la soledad de la Cordillera, lo que no era muy armonioso ni agradable al oído, me divertía considerando la delectación de las zorras con los restos del carnero, cuando, al mirar una vez la plataforma, apercibí el perfil redondo del puma, que se destacaba sobre el cielo sombrío.

El hermoso animal estaba al borde de la plataforma mirando atentamente hacia el Nordeste.

Á una distancia de cuarenta y cinco metros de nosotros, á lo menos, no había que pensar en tirarle; pero ¿por qué Castro, que se encontraba á algunos pasos de él, no le tiraba? ¿Se habría dormido?

Esta situación duró algún tiempo, y mi ansiedad era tan grande que no me permitía estar quieto en mi sitio, cuando el puma, que había permanecido inmóvil hasta entonces, volvió ligeramente la cabeza hacia la izquierda.

Un tiro se dejó oír al momento, y el animal, como un rayo, rodó al fondo del barranco, al que Castro no tardó en correr llamandome á gritos.

Cuando me reuní á él, el puma no se movía. La bala le había deshecho la sien izquierda.

El puma no tiene del león más que la apariencia, que es de un hermoso leonado manchado de rojo y gris. No tiene tampoco ni crin ni pelos en el extremo de la cola. Por sus costumbres y su forma se acerca más al tigre, por cuya razón en muchos sitios de América se le da el nombre de tigre rojo.

El que Castro acababa de matar media un metro y 95 centímetros de largo, comprendiendo en esta medida la cola, que tenía 85 centímetros.

Es una felicidad que este animal tenga una naturaleza tímida, porque es sanguinario y está terriblemente armado. Sus uñas, de un hermoso amarillo diáfano, son tan cortantes, que parten un pedazo de madera como un cuchillo.

Le quitamos la piel con cuidado y nos dirigimos al convento, en el que pasamos el resto de la noche alrededor de un buen brasero y al alcance de una mesa muy bien servida. Por el momento era precisamente todo lo que necesitábamos para recobrar nuestras fuerzas.

Al siguiente día volvíamos á Yumbel, satisfechos de nuestra expedición.

V. C.

## PESCA DEL BONITO.

Llamándome algunos negocios urgentes, abandoné á Nueva-Orleans y me dirigí á Méjico, á bordo de uno de esos *steam* remolcadores, encargado de arrastrarnos fuera de las bocas del Mississipi, que nos dejó á dos millas del fuerte Balise, sobre un mar más tranquilo que las praderas del Opelousas. Estamos seguros de que nuestras velas se hallaban desplegadas, pero el poco viento que corría las hacía caer lacias á lo largo de los mástiles, inertes, sin animación ni vida. En una palabra, nuestro buque parecía una ballena flotante á merced de las corrientes.

La temperatura era abrasadora; el cielo sin nubes, y esta calma duró una semana entera. Los marineros juraban y perjuraban con la mejor gana del mundo, levantando la nariz al aire, á fin de sentir la primera impresión del viento, si es que tenía por conveniente manifestarse. Pero la verdad era que no se presentaba. Eolo y Neptuno se habían unido en amoroso consorcio para poner á prueba nuestra paciencia, dejándonos en completa libertad de fastidiarnos ó divertirnos.

Divertirnos se dice muy pronto; pero ¿cómo? pescando y cazando las aves marinas.

Una de las diversiones más fáciles es la pesca. Soberbias bandadas de bonitos se deslizaban entre las aguas, y sus lomos brillaban como oro bruñido, hasta asemejarse á la espléndida aparición de un meteoro.

El capitán y sus *jacks* mostraban una gran habilidad en coger esos enormes escombros, unas veces con caña, otras con un arpon de cinco puntas, del que se servían todos con suma destreza.

Cuando el bonito ha sido cogido por el arpon, se defiende con la mayor energía y violencia, y se lanza con impetuosidad hasta que se ve retenido por la cuerda que el marinero tiene sujeta en rededor de su mano. Entonces, al sentirse preso, salta, sosteniéndose de pie á muchos metros encima de la superficie del mar, consiguiendo de este modo desasirse de él y conquistar su libertad muchas veces.

Cuando el bonito está bien enganchado, el pescador, si es hábil, debe dejarle hacer todas sus evoluciones, á fin de que se canse pronto y le sea más fácil apoderarse de él. Otros pretenden que es preciso izarle al momento sobre el puente; ésta no es nuestra opinión, porque la experiencia nos ha demostrado más de una vez, que casi siempre, á fuerza de sacudidas, llega el bonito á desasirse del arpon.

Los bonitos caminan en grupos de cinco á ocho individuos, pareciendo una jauría de perros acuáticos persiguiendo un venado.

Los bonitos dan caza ordinariamente á los pescados voladores. Cuando no tienen este recurso, no desdeñan la







pesca marina, aquella que tanto apego muestra por el timon de los buques.

Los pescados voladores en un principio escapan á su persecucion, gracias á la rapidez de su vuelo. Al ver los bonitos nadar en sus aguas, se lanzan, despliegan sus alas, y, semejantes á una bandada de perdices espantadas por el perro, se dispersan en todas direcciones en línea recta ó en zigzags. Despues, agotadas sus fuerzas, caen al agua de nuevo y se sumergen instantáneamente.

Este es el momento deseado por el bonito, que no ha perdido, ni por un momento, de vista su presa tan deseada; y como lo haria un galgo, se adelanta presuroso y se acerca al fin al desgraciado pez, que coge y traga sin masticarlo.

Un hecho característico de las costumbres del bonito es su amistad por su congénere. Cuando uno de ellos se coge con arpon ó anzuelo, al punto se aproximan los otros y le rodean, hasta el momento en que se iza sobre el puente del navío. Así que el pescado ha desaparecido á su vista, los que han escapado al engaño se alejan y rehúsan morder el cebo, por hambrientos que estén. Este hecho no se presenta más que en los bonitos viejos, pues los jóvenes, al contrario, permanecen en la proa del buque, y continúan mordiendo, como si nada hubiera pasado; aún más, saltando, tratan de ver ha dónde á ido su camarada.

El hombre no es el solo enemigo del bonito, y entre los más terribles que cuenta esta especie, debemos señalar los escualos, y especialmente el espadon.

Los escombros del golfo de Méjico pasan por tener una carne insalubre y hasta venenosa. El cocinero del buque, un hercúleo Yolofo africano, se servía de un medio poco conocido para descubrir esta verdad. Deslizaba en la sarten en que se freía el pescado un peso duro, y si no se ennegrecía la plata en el momento de la coccion, se creía autorizado para servirlo á la mesa, declarando que no había ningun peligro.

Una mañana el calor era sofocante, y estaba yo muéllamente extendido en una hamaca colocada bajo la toldilla del buque, cuando de pronto, mirando al mar, veo una inmensa bandada de bonitos, jugueteando, como estudiantes en vacaciones, por la llanura líquida.

Un marinero que se hallaba á mi lado, y á quien señalé este espectáculo conmovedor para todo pescador, me afirmó que era señal de viento, y además de un buen viento.

En el espacio de una hora cogimos varios pescados, y la batalla terminó por falta de combatientes, es decir, que los escombros desaparecieron en las profundidades de las aguas así que vieron coger á sus camaradas.

Sin embargo, á pesar de la afirmacion del marinero, el viento no sopló de ningun modo, y la desesperacion empezó á reinar á bordo. Yo mismo sufría esta impresion de desaliento, cuando sentí de repente una sacudida dada á la caña que tenía aún en la mano.

Era un bonito, que sin mostrarse había venido á morder el cebo de mi anzuelo. Cuando lo hube izado á bordo, no sin algun trabajo, noté que nunca había pescado uno tan grande. Realmente era un hermoso pescado. Mientras espiraba sobre el puente, su cola golpeaba las tablas con una regularidad tal que se hubiera podido creer que marcaba la hora del reloj. Los colores variados del arco iris se veían en su cuerpo, y me puse á contemplar este camaleon marino, que presentaba sucesivamente las transiciones del verde al azul, de la plata al oro ó cobre bruñido. Así que cesó de moverse, aquella fantasmagoría de colores cesó también, y su piel se puso opaca como la de todo cadáver.

El cebo más usado para la pesca del bonito es un pedazo de carne de tiburón, pues prefiere este cebo real al que figura un pescado volante, que no puede coger más que cuando el buque está al parir. Es verdad que en algunos momentos, cuando se ve apremiado por el hambre, el bonito se arroja sobre todo lo que encuentra, hasta el punto de haberle visto coger un pedacito de paño blanco atado al anzuelo.

Semejantes al buitres y al condor, los bonitos son tan glotones, que se descubren hasta el punto de ser una presa fácil para sus enemigos.

Cierto dia, al abrir el vientre de uno de estos pesca-

dos, descubrimos en su estómago treinta y siete peces voladores, dispuestos unos al lado de los otros, con la cola hácia atrás, empaquetados como las sardinas en un tonel. Cada uno de estos peces medía de seis á siete pulgadas. La disposicion de su esófago hace suponer que los bonitos tragan generalmente su presa por la cola.

El tamaño ordinario de los bonitos es el de uno á cuatro piés, y su peso varía de quince á diez y ocho libras.

Estos pescados, en efecto, son muy delgados con respecto á su longitud.

La carne del bonito es fuerte y blanca; cuando está cocida se deshace en hojas como la de la merluza.

C. V.

### CRÍA DE FAISANES.

La cría de faisanes está muy lejos, en nuestra patria, de llegar á la altura que tiene en Inglaterra, en donde es una verdadera y fructuosa industria, razon sobradísima para que no pocos especuladores se dediquen á la cría de esta clase de aves, á fin de venderlas vivas á los propietarios de bosques despoblados.

Como en España, aunque no faltan vastas posesiones en que abundan los faisanes, éstas son pocas por desgracia, creemos que no carece de interes presentar á los lectores de LA ILUSTRACION VENATORIA una descripcion detallada de los procedimientos empleados en la Gran Bretaña, la primera de todas las naciones en esta clase de empresas.

Para la cría de faisanes es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que infestando el suelo que ocupan con sus emanaciones al poco tiempo de instalados, lo que produce la muerte de los pollos algunos dias despues de su nacimiento, es bueno cambiar frecuentemente de sitio.

Para la base del establecimiento bastan ocho compartimientos de madera, de seis piés de largo por casi otros tantos de ancho, unidos unos á otros sólidamente formando un cuadro de unos doce piés.

Toda clase de techo es inútil, porque el faisán no se pone nunca á cubierto; le gusta vivir al aire libre; así es que en pasando una noche de hielo, se le ve por la madrugada con las plumas cubiertas de rocío.

También será conveniente que el suelo esté seco y cubierto de césped, protegido, en cuanto sea posible, del lado del Este, y situado en una parte en donde el agua corra rápidamente, no porque el faisán sea friolero, como acabamos de demostrar anteriormente, sino con relacion á los pollos, más delicados y dignos de cuidados.

Esta especie de criadero reunirá las siguientes ventajas:

- 1.º Que cuesta poco.
- 2.º Que es fácil de construir.
- 3.º Que los gastos de entretenimiento son insignificantes.
- 4.º Que se puede en algunas horas deshacerlo, llevarlo á otra parte, ó, si no se quiere hacer uso de él, colocar los restos en un espacio pequeño.

Puestos una vez los faisanes en el criadero, importa recoger los huevos cada noche, porque no tienen hora fija para la postura.

Si se observa que un faisán picotea los huevos, es preciso vigilarlo, y si persiste, excluirlo del criadero, pues los demás no tardarian en seguir este mal ejemplo. Sin embargo, si fuera difícil su reemplazo, será bueno aislarle en un rincón, no dejándole la libertad de aproximarse á las hembras sino por la mañana y noche.

Á propósito de huevos, es bueno notar que, por término medio, cada empolladura que llega á su madurez, no produce más que seis ó siete pollos. El resto se pierde por la razon de que una hembra no puede cubrir un número mayor durante la noche. De modo que el resto sería bueno repartirlo entre otras, cuyo concurso salvaria la empolladura completa.

Se aparean hasta seis pollas con un solo macho; pero la experiencia ha demostrado que son muchas: bastan tres.

Creemos de todo punto inútil añadir que se les debe arrancar algunas plumas de las alas para impedirles que vuelen.

El agua debe renovarse todos los dias. Este es un punto

esencial, porque está fuera de duda que los faisanes libres son más hermosos y se reproducen más en la vecindad de las corrientes de agua.

La cebada es el mejor alimento que se les puede dar, y ésta esparcida por el suelo y no amontonada en un comedero. Siendo la cebada algunas veces muy cara, se ha ensayado el reemplazarla con arroz, pasas de Corinto y otras sustancias. Pero el arroz cria toda clase de insectos parásitos, y las pasas no valen mucho más.

El maíz es de un uso tan provechoso como la cebada; pero cuesta mucho menos. Alternar la cebada con patatas cocidas, sin pelar, es todavía mejor.

No hay nada que fije tanto el faisán á un sitio como la patata, á la que se hace un agujero del tamaño de una pieza de diez céntimos para que vea el interior el polluelo.

Cuando está enfermo el faisán, busca la carne y se entretiene en picotear á un semejante suyo junto á la cola.

Al momento en que se vea un hecho semejante, se sacará del criadero al faisán, si no se quiere que, con su ejemplo, concluyan por devorarse entre sí, primero los machos, despues las hembras, hasta que la guerra se haga general.

En el momento en que se siente picoteado el faisán, no piensa en otra cosa más que en guardar su cabeza, apoyándola en el suelo ó contra una esquina, en la que se deja tranquilamente comer la espalda. Los faisanes dorados y plateados son muy dados á abusar de este defecto.

La postura de huevos principia en la segunda quincena de Abril, y dura próximamente un mes. Todas las noches se recogerán cuidadosamente los huevos, para evitar que se rompan ó se los coman las hembras de los faisanes.

En el período de la empolladura se principia por escoger un sitio conveniente; una habitacion cerrada que dé al Mediodía, apartada de todo ruido, y en la que apenas penetre la luz. Los huevos se colocarán en número de ocho á doce, en cajas ó cestas de mimbre guarnecidas de césped ó un poco de heno, y en esta disposicion se pondrán á empollar á las hembras. La incubacion, por término medio, dura unos veinte y cinco dias.

En el momento en que nacen los polluelos, se les encierra con su madre en una gran caja y se les da de comer huevos de hormiga.

Los antiguos tratados de faisanería hasta recomiendan que se les dé á comer primero huevos de hormigas de prado, y pasado un mes, de hormigas de bosque, que son más gruesos y sustanciosos. Sin embargo, se puede reemplazar en parte ó en todo los huevos de hormiga por guisanos, por huevos duros machacados con miga de pan y lechuga, y por último, por mijo ó trigo.

En los primeros dias se les dará á comer, poco pero á menudo, despues las comidas serán más copiosas, pero más tardías.

«Estas aves, dice V. de Bomare, están sujetas á una enfermedad que concluye con la muerte. El mejor remedio que hay para combatirla, es limpiar cuidadosamente todos los dias el criadero. Cuando los pollos de faisán han cumplido dos meses, se les caen las plumas de la cola y les salen otras nuevas. Este momento es muy crítico; el uso de los huevos de hormiga lo hace menos peligroso.»

Así que se pone enfermo un pollo, es preciso aislarle y darle de beber una coccion de ortigas, ó ponerle en el agua azafran.

Despues de la muda los pollos no tienen necesidad de cuidados ni alimentos especiales, y se puede dejarlos vagar en la faisanera, ó llevarlos á los bosques que se quieren repoblar.

La opinion desfavorable que Buffon ha emitido respecto de la fiera indomable del faisán, es, á lo ménos, exageradísima.

Resumiendo: la cría de faisanes, emprendida en España en grande escala, produciria beneficios suficientes, no para esperar que al poco tiempo se pudieran matar cinco ó seis mil piezas, como no hace mucho lo efectuó en tres dias lord Stamford con sus amigos en el condado de Leicesters; pero sería facilísimo triplicar y hasta cuadruplicar la produccion actual de esta caza de carne fina y delicada.

C.



## PERROS DE GUERRA.

A continuacion publicamos algunos datos curiosos tomados de un interesante estudio sobre los perros de guerra, de M. Ed. de la Barre-Duparc, obra notable por más de un concepto, y que contiene una reseña histórica de estos animales.

En otro tiempo, en 1155, los habitantes de Saint-Malo soltaban á los perros dogos por la ciudad para protegerla contra las sorpresas y los malhechores; esos perros, cuya manutencion estaba á cargo del Ayuntamiento, guardaban igualmente la parte marítima. Esta costumbre se estableció en el tiempo en que Saint-Malo formaba una república, cuyo obispo era el principal agente del poder ejecutivo.

Un recuerdo de esta costumbre se encuentra en una cancion que ha llegado á ser popular, y que se aplica á un cierto M. Dumollet, viajero que llegó á esta ciudad, y cuyas piernas estuvieron muy en peligro por dichos perros.

Este personaje de comedia hace alusion á un oficial de marina, que desembarcó imprudentemente una noche en Saint-Malo, y perseguido, devorado en parte y casi exánime fué recogido en las calles de esta ciudad; acto de brutal ejecucion civil, que indignó á la poblacion y motivó el licenciamento de la tropa canina en 1770.

Despues de los perros de guerra de la ciudadela de Corinto y los del Capitolio (cuya falta de vigilancia hizo tan célebres á los gansos), los caballeros de Malta los empleaban para la guardia de las fortalezas, por ejemplo, en el fuerte de San Pedro, construido en la Caria, sobre las ruinas de la antigua ciudad de Halicarnaso, por el gran maestro Filiberto de Nailac, despues de la derrota y prision de Bayaceto por Tamerlan.

Esta plaza, aislada en medio de los estados turcos, servía de refugio á los esclavos cristianos, muy dichosos por haber podido escapar á la vigilancia de sus amos.

Como su guarnicion era muy escasa, la Orden no podia distraer para un punto tan lejano una gran parte de sus fuerzas; la guardia nocturna se efectuaba por unos cincuenta dogos de una especie particular, los cuales distinguian los turcos de los cristianos, haciendo pedazos á los primeros y acogiendo á los segundos con alegría.

Desde la más remota antigüedad se han adiestrado perros para la caza del hombre; el general Bardin asegura que los filandeses acostumbraban á sus perros á combatir contra la caballería y á saltar y morder la nariz de los caballos.

La tradicion refiere que una reina de Etiopía envió á Alejandro una jauría guerrera de noventa perros de combate.

Igualmente debemos hacer mencion de los perros empleados en las conquistas de las tierras americanas, que recibian un sueldo y cobraban una parte del botín, lo mismo que los perros utilizados en las Antillas, que parecen ser los descendientes de los que cita un manuscrito del siglo xiv, diciendo que se amestrababan dogos para morder con furor al enemigo, y que estaban cubiertos de cuero, llevando un vaso de bronce lleno de un licor resinoso y de una esponja empapada en espíritu de vino. Los caballos, acosados por las mordeduras de los perros y por el fuego ardiente de la resina, huían en desorden.

Segun resulta del trabajo de M. de la Barre-Duparc, los perros han sido empleados en diversos usos militares, á saber: para las batallas, para buscar un enemigo oculto, para guardar murallas, para servir de *guardias de corps*, para sujetar indígenas de América y para descubrir emboscadas.

De modo que si se consulta la historia, el perro es un animal susceptible de prestar servicios militares.

En efecto, este animal posee inteligencia, valor, vigor y sobriedad, cuatro cualidades preciosas para alcanzar la victoria en la guerra. Su natural es ardiente; tan dócil como ágil, tiene un olfato exquisito, muy fino el oído, y proporciona de este modo al hombre, que ha llegado á domesticarle, sentidos mas perfectos que los suyos, y nuevas aptitudes de que está privado, siendo su compañero y colaborador en muchas empresas.

X.

## POESÍA VENATORIA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA,  
PRESIDENTE DEL CONGRESO DE DIPUTADOS.

## ROMANCE DE CIEGO.

Un cazador furibundo  
Que no se cansa jamas;  
Que tiene más muertes hechas  
Que Oliveros y Roldan;  
Que en Julio desprecia impávido  
El calor canicular;  
Que se rie de los truenos,  
Que desprecia el vendaval;  
Que tiempo malo no encuentra  
Tratándose de cazar;  
Que prefiere de los campos  
La tranquila soledad  
Al bullicio de los hombres  
Y al amor de una Vestal,  
De esas que *apagan el fuego*  
Si es la *paga* regular;  
Un émulo de Nemrod  
Con escopeta y morral,  
Flaco como un alma en pena,  
Curtido cual cordoban;  
Al Ilustre Presidente  
Del Congreso Nacional,  
Con el debido respeto  
Y la mayor humildad,  
Le pide..... no es un destino,  
Que eso ya lo pedirán  
Patricios que por la patria  
No hicieron nada jamas,  
Y que saben que es muy bueno  
El vivir sin trabajar:  
Pero, sí, Señor, quisiera  
Merecer de su bondad  
Una licencia de caza  
Para ese Sitio especial  
Que se llama Navachescas.  
Yo ya sé que no las dan  
A todos los que las piden,  
Porque ¡no faltaba más!  
Entonces, pobres perdices,  
¿Dónde irían á parar  
El día que los Ministros  
Quisieran ir por allá!  
¿Como ellos no se cazarán,  
No hallarian qué cazar!  
Pero usted, Señor, que ocupa  
Un alto puesto oficial;  
Usted que me quiere mucho,  
Aunque yo le quiero más;  
Usted que tiene en el día,  
Cual dicen en mi lugar,  
El padre alcalde, si pide,  
Lo que pido le darán:  
Esto lo sabe hasta el Moro  
De la calle de Alcalá.  
Si usted necesita informes  
De mi conducta moral,  
En el Consejo de Estado  
Hay muchos que los darán,  
Porque varios Consejeros  
Me honran con su amistad:  
Por ejemplo, Valderrama,  
Vida, Rubí, y ademas  
Alarcon y Campoamor,  
Perez Zamora..... ¡la mar!  
Don Mariano Zacarias  
Cazurro se los dará,  
Porque nunca Don Mariano  
Faltó á la moralidad:  
Que lo digan las comedias  
Que él escribió años atras,  
Y los cuatro hijos que tiene,  
Y los ocho que aún tendrá.  
Y no cito aquí más nombres  
Por *mor* á la brevedad.  
Si usted quiere que me abonen  
Gentes del otro corral,  
Es decir, de otros partidos,  
Yo sé que me abonarán  
El Marqués de Novaliches,  
Valmaseda (el General)  
Y Gutierrez de la Vega,  
Tres que, sin exagerar,  
Valen lo menos por doce  
Entre los hijos de Adan.  
Los del partido avanzado  
Tambien informes darán  
Que puedan ser garantía  
De mi personalidad.  
Si hacen falta cazadores,  
Yo sé que me abonarán

Casi todos los de España  
Sin tener dificultad.  
Si se trata de poetas,  
Es inútil afirmar  
Que todos ellos gustosos  
Me *garantizarán*.  
Yo sé que no me darian  
Muchos de ellos ni un real,  
Pero recomendaciones,  
Todas las que quiera y más.  
En fin, Señor, soy un hombre  
Tan perfecto y tan cabal,  
Que en mi pueblo me han nombrado  
Cuatro veces juez de paz;  
Y afirman los matrimonios  
Soy una especialidad  
Para dirimir contiendas  
De la alcoba y del hogar.  
He dicho.— Si la licencia  
Que le pido se me da,  
Hablaré de usted muy bien  
Y de los otros muy mal.  
Diré que es un presidente  
Como no lo hubo jamas,  
Y en prueba de agradecido  
Á favor tan especial,  
Gastaré tacos de fieltro  
Y me abstendré de fumar;  
Daré propina á los guardas;  
Dedicando al hospital,  
De la caza que yo mate,  
Por lo menos la mitad.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

## TIRO DE PICHON DE MADRID.

## TIRADA ORDINARIA DEL DIA 14 DE FEBRERO.

Se tiraron tres piñas de diez palomas y dos tiradores.  
La primera la ganó D. Eduardo Anspach, matando siete pájaros de once, á 30 metros, contra el Sr. Duque de Huéscar, que mató seis de once, á 26 metros.  
La segunda fué ganada tambien por el Sr. D. Eduardo Anspach, que mató ocho pájaros de diez, contra el Sr. Duque de Huéscar, que mató uno de nueve.  
La tercera, la ganó tambien el Sr. D. Eduardo Anspach, matando nueve pájaros de diez, contra el Sr. Duque de Huéscar, que mató cuatro de diez.  
No concurrieron más señores socios, sin duda por lo desapacible de la tarde.

## GACETILLA.

LA EXPOSICION DE PARÍS EN 1878.—Hemos recibido el precioso libro que con este título ha hecho el distinguido escritor catalan D. Francisco Miquel y Badía, coleccionando sus cartas publicadas sobre la Exposicion de París, y que recomendamos eficazmente á nuestros lectores.

MODELO DIGNO DE IMITARSE.—El Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla ha publicado un bando sobre la veda de caza y pesca, comprendiendo todas las prescripciones de la ley, para atajar los abusos que en aquella hermosa provincia se han cometido constantemente á despecho de los muchos y buenos cazadores que hay en ella, y del culto entusiasta que tributan á nuestra deliciosa afición. Esperamos que de hoy en adelante la nueva ley será una verdad en la primera provincia de Andalucía, y que en todas las demas de España se imitará tan laudable ejemplo. La ley de caza es una ley eminentemente social, porque resuelve en gran parte la grave y trascendental cuestion de la alimentacion de los pueblos. *Salus populi suprema lex.*

CASINO DE CAZADORES DE VALENCIA.—Oportunamente dimos á conocer á nuestros lectores que se trataba de establecer un Casino de cazadores en Valencia, cuyo objeto principal era fraternizar con los aficionados de todas las provincias de España, á fin de que, puestos en comunicacion directa, pudieran las indicaciones de unos, los consejos de otros y el deseo de todos, producir ventajas al noble ejercicio de la caza y el fomento de la afición. El proyecto se ha realizado ya.

El Baron de Córtes recibió de sus paisanos el día 14 el siguiente telegrama:

El Casino de cazadores de Valencia, en solemne acto de apertura oficial, saluda al cazador y compañero. En banquete de inauguracion brindamos por los cazadores madrileños y por los valencianos residentes en la corte. Comuníquelo. El secretario, VILAR.

Al par de la enhorabuena, reciba el Casino de cazadores de Valencia nuestro fraternal saludo, á cambio del cortés recuerdo que nos envía.



**FIN DE TEMPORADA.**—Segun las noticias de las principales provincias de España, los cazadores no han tenido mucho que agradecer á su diosa favorita durante la temporada de caza que hoy termina. La diosa Diana ha vivido, durante todo este invierno, entregada, por lo visto, á los más livianos devaneos, sin acordarse de sus hijos predilectos. Las lluvias, ó cuando ménos la inconstancia del tiempo, nos han alejado de los campos hasta el punto de que ha habido provincias en que nuestros amigos apenas han visto los rayos del rubicundo Febo, ni por consiguiente los bigotes de las liebres y los conejos.

De París nos escriben nuestros amigos que allí ha sido más cruda la estación, pues que las nieves han abundado tanto en los campos, que han hecho imposibles las cacerías, como el tránsito á pie hasta por las mismas calles de la capital.

**PUBLICACION DE LA VEDA.**—Hace quince días que nuestros queridos camaradas, los cazadores de las provincias del Mediodía de España, visten, como si dijéramos, riguroso luto, es decir, han desarmado y hecho enmudecer sus escopetas, en homenaje de respeto á la nueva ley de caza. Y hoy, al escribir estas líneas, disparamos nosotros los últimos tiros, porque mañana empieza á regir también esa ley en ésta y en todas las provincias del Norte de la Península.

La nueva ley de caza, el nuevo reglamento con que ha de completarse, y el período de calma en que desde este momento entramos, nos han de dar material para muchos artículos, á fin de contribuir á que sea una verdad el respeto á la ley, la observancia de la veda, la propagación de la caza y la persecución contra los dañadores y cazadores furtivos, cosas todas que interesan, en primer término, á la sociedad, y en segundo término á los cazadores de buena fe. Por hoy nos contentaremos con estampar en seguida el artículo más importante de la ley, que se refiere á la veda en general:

«Artículo 17. Queda absolutamente prohibida toda clase de caza en la época de la reproducción, que es en las provincias de Alava, Avila, Burgos, Coruña, Guipúzcoa, Huesca, Leon, Logroño, Lugo, Madrid, Navarra, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Soria, Valladolid, Vizcaya y Zamora, desde 1.º de Marzo hasta 1.º de Setiembre; y en las demas del Reino, incluidas Baleares y Canarias, desde el 15 de Febrero al 15 de Agosto. En las albuferas y lagunas donde se acostumbra á cazar los ánades silvestres, podrá realizarse hasta el 31 de Marzo.

»Las palomas, tórtolas y codornices, podrán cazarse desde 1.º de Agosto en aquellos predios en que se encuentren levantadas las cosechas.»

**LA CAZA CON CENCERRO.**—Llama la atención de las autoridades y de la prensa un agricultor de la provincia de Toledo, acerca de la caza de los pájaros valiéndose del cencerro, lo cual, además de ser punible, es para los pueblos de la comarca causa de grandes desastres, pues que los pájaros son los únicos que exterminan el perjudicial insecto *San Pedrito*. Y son tan considerables los resultados de esta caza, que en una noche han podido coger tres individuos hasta *trescientas docenas* de pájaros. No sabemos cómo esto se consiente, puesto que en el artículo 17, sección tercera de la nueva ley de caza, se dice que «las aves insectívoras, que determinará un reglamento especial que se está formulando, no pueden cazarse en tiempo alguno, en atención al beneficio que reportan á la agricultura.»

**UN TEJON.**—En el jardín de la fábrica de la Compañía Colonial, en Pinto, ha sido muerto de un tiro un gran tejón hembra, por el hortelano de la casa, habiendo llamado la atención la aparición de aquel animal, allí donde

no se han visto nunca, por ser un terreno desprovisto de árboles y maleza.

**LA MALAGUEÑA.**—Escriben de Málaga que los señores que forman esta Sociedad de caza, preparan un viaje al coto de Las Aljarabas, en Sierra-Morena, mientras los bilbaínos disponen una magnífica cacería en los montes de las cercanías de Málaga.



¡YA PICA EL PEZ!

**EL TIO NARICES Y CHUPACANDILES.**—Referirémos brevemente lo que ocurrió al rey Carlos III, de España, con un muchacho, al cual el monarca pensionó ó dió carrera.

Sabido es que el mencionado soberano era por extremo aficionado á la caza. Vestía un traje de paño, entonces llamado de «color de corteza», de la cabeza hasta los pies, porque hasta los botines eran del mismo color, y cubríase con un tricordio sin presilla ni adornos. Más de una vez, al bajar del coche entre los acordes de la Marcha Real, veíasele con dicho traje y un par de perdices en la diestra mano. Por manera que quien no le conociese, seguramente le supondría, más que rey, uno de los criados de aquél.

Una hermosa mañana de invierno cazaba Carlos por el monte del Pardo, y adelantóse á la comitiva. Por el cuartel ó distrito que el Rey elegía para cazar, á nadie se le permitía el paso, y un guarda, que tuvo imprescindible necesidad de separarse de su puesto momentáneamente, encargó á su hijo, muchacho de unos diez años, que se

había criado con sus abuelos y acababa de llegar á vivir con sus padres, mientras él regresaba, á nadie dejase pasar.

Apénas volvió el guarda la espalda apareció el Rey, y al verle el muchacho en tan poco regio traje y lleno de polvo, le dijo:

—¿A dónde va usted?

—¡Toma! ¿No lo ves? A pasar.

—Pues no se puede.

—¿Cómo que no?

—No, señor, ni usted ni nadie; me ha dicho mi padre, que es guarda, que, mientras vuelve, no deje pasar á nadie.

—Pero yo sí podré.

—¡Pues ya! ¿Y que lo supiese el Tio Narices!

—¡Calle! ¿Y quién es el Tio Narices?

—¿No lo sabe usted? El Rey; me lo ha dicho mi abuelo.

—¡Hombre! ¿Y tan malo es el Tio Narices?

—No, señor; dice mi abuelo que quien le hace malo para esto de la caza, es el Tio Chupacandiles.

—¡Chiquito! ¿Y quién es ese Tio Chupacandiles?

—¡Pues usted no sabe nada! El Duque de Arcos, el ballestero mayor.

En esto llegó la comitiva, que no iba á mucha distancia del Rey, el cual, dirigiéndose al ballestero mayor, que iba á la cabeza, díjole sonriendo:

—Algo has tardado, Chupacandiles.

Naturalmente, el aludido se limitó á fruncir el ceño, porque era el Rey quien hablaba, el cual á seguida dijo:

—No te ofendas, amigo, que si te llamé Chupacandiles, á mí me llaman el Tio Narices, y vaya lo uno por lo otro.

**PÁJAROS MECÁNICOS.**—Los diarios de Palma de Mallorca hablan con entusiasmo de un objeto que está llamando allí la atención. Consiste en una preciosa jaula que encierra un pájaro de vistoso plumaje, embalsamado con perfección. Por medio de un mecanismo especial, el pájaro canta admirablemente, abriendo la boca segun los tonos, moviendo la cabeza, los ojos y la cola, como si conservara la vida que le diera la naturaleza. El canto dura bastante tiempo, para que colocada la jaula en un salon, recree con sus variaciones á las personas que lo ocupen.

Esta podrá ser una novedad en Mallorca; pero hace años que un modesto artista de París nos enseñó en su taller hasta las maquinillas con que llamaban sus pájaros embalsamados la atención del público en el patio del Grand Hotel.

**DESGRACIA CAUSADA POR LOS LOBOS.**—Dos niñas de San-Salvador, en la vecina república, han sido devoradas por los lobos uno de estos últimos días.

## ANUNCIO.

**GRAN BAZAR DE ARMAS** y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austríacas, francesas y belgas, de todos los sistemas y calibres conocidos hasta el día.

Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0<sup>m</sup>,30 de largo. **LA ILUSTRACION VENATORIA** lo titula *Matalobos*, y la descripción que de él ha hecho en su núm. 3.º del día 30 de Enero del corriente año, nos dispensa de todo comentario, puesto que por ella se comprende fácilmente las ventajas que ofrece este nuevo cepo sobre todos los conocidos hasta el día. Dirémos únicamente que su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias, franco de porte.

## ANUNCIOS.

**BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.**—Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias. Al mismo precio podrán adquirirlas los nuevos suscriptores. Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid, y 60 en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redacción y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

**INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA** y demas ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

**BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA**, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

**ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.**—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscriptores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.